

Una aproximación geopolítica a las causas de la guerra

A Geopolitical Approach to the Causes of War

ESTEBAN VIDAL PÉREZ

Universidad del País Vasco, España

RESUMEN: Este artículo trata los diferentes enfoques geopolíticos de las causas de la guerra. Comienza con la exposición de la relación histórica entre la geopolítica y la guerra a partir de las contribuciones de diferentes autores para presentar las principales explicaciones sobre esta materia. De esta forma analizamos el papel de la geografía en la guerra y su impacto en los conflictos. Esto nos conduce a la perspectiva organicista que considera que la expansión del Estado es un fenómeno natural que produce la guerra. Además, la geografía física influye en el estallido de la guerra. El segundo enfoque es el de la disposición de las tierras emergidas que afirma que determinados lugares son propensos a la guerra debido a su ubicación estratégica. El tercer enfoque es el accidentalista. Los autores de esta perspectiva afirman que la guerra depende de la distancia geográfica entre países y los conflictos fronterizos. Finalmente, desarrollamos una nueva perspectiva basada en la fragmentación geopolítica para explicar la guerra en la Europa moderna. Este enfoque explora la importancia de la fragmentación en la formación del Estado moderno y en el moldeamiento de un entorno anárquico con el nacimiento del sistema de Estados. La guerra se convirtió en un rasgo del sistema internacional debido a que el Estado moderno nació para hacer la guerra y se convirtió en la institución dominante. Por tanto, la fragmentación geopolítica es la causa principal de la violencia entre Estados en la Europa moderna.

PALABRAS CLAVE: Geopolítica, Guerra, Causas de la guerra, Fragmentación geopolítica.

ABSTRACT: This paper discusses different geopolitical approaches to the causes of war. It starts by setting forth the historical relationship between geopolitics and warfare through different authors' contributions to introduce the main explanations of this matter. In this way, we analyze the role of geography in warfare and its impact on conflicts. That leads us to the organicist perspective, which considers the expansion of the State a natural phenomenon that engenders war. Besides, physical geography also influences war outbreak. The second approach is the disposition of emerged land, which argues that specific places are prone to warfare due to their strategic location. The third approach is the accidental view. Its authors contend that war depends on the geographical distance between countries and border conflicts. Finally, we develop a new perspective based on geopolitical fragmentation to explain the war in modern Europe. This view explores the importance of fragmentation in the formation of the modern State and the shaping of an anarchical environment with the birth of the State's system. Warfare became a trait of the international system because the modern State was born to wage war, and it became the dominant institution. Therefore, geopolitical fragmentation is the root cause behind violence between States in modern Europe.

KEYWORDS: Geopolitics, Warfare, Causes of war, Geopolitical fragmentation.

Recibido: 1 de mayo de 2021. Aceptado: 15 de junio de 2021.

Revista de Estudios en Seguridad Internacional, Vol. 7, No. 2, (2021), pp. 105-124.
<http://www.seguridadinternacional.es/revista/>

ISSN: 2444-6157. DOI: <http://dx.doi.org/10.18847/1.14.6>

INTRODUCCIÓN

El debate de las causas de la guerra nunca pierde actualidad a pesar de lo mucho que ha sido escrito al respecto. La razón es bastante simple, la guerra constituye un fenómeno recurrente en la historia política internacional, y dada la gravedad que entraña no es sorprendente que numerosos autores le hayan dedicado especial atención.

Como consecuencia de la extensa bibliografía que se ha generado en torno a esta cuestión nos encontramos con una gran variedad de explicaciones que, desde puntos de vista diferentes, tratan de dilucidar las causas que originan la guerra. Esto ha servido para la publicación de una considerable cantidad de manuales que agrupan de manera sistemática la gran mayoría de los enfoques que existen. En lo que a esto se refiere encontramos distintas categorías en función del nivel de análisis, la teoría utilizada, etc., (Cash, 2014; Levy & Thompson, 2010; Evera, 1999) sin olvidar tampoco las aportaciones de otros autores pertenecientes a disciplinas distintas de las Relaciones Internacionales (Howard, 1987; Blainey, 1988; Kagan, 2003; Hanson, 2011).

Las aproximaciones a las causas de la guerra hechas desde la teoría de las relaciones internacionales son variadas, especialmente en el énfasis que es puesto en determinados aspectos o niveles de análisis. En este sentido el ensayo *Man, the State and War* de Kenneth Waltz es bastante clarificador al presentar diferentes imágenes que clasifican las distintas teorías de las causas de la guerra en función de diferentes niveles de análisis. Así, en el primer nivel encontramos las teorías que se basan en la naturaleza humana, y que son tan frecuentes en el realismo clásico y en sus principales precursores (Morgenthau, 1963; Maquiavelo, 2006; Hobbes, 2018; Tucídides, 1988), así como aquellos estudios centrados en los líderes políticos (George, 1969; Holsti & George, 1975; Jervis 1976). La segunda imagen, por el contrario, abarca las teorías que centran la atención en las características del Estado como causa de la guerra. No sólo encontramos a Lenin y su teoría del imperialismo (1974), como señala Waltz, sino también a Hobson (1981), Kant (1949), Schumpeter (1986), Kissinger (1957: 316-320; 1964: 1-6; 1968: 899), etc. La tercera imagen, en cambio, es la que presenta la distribución de poder en el sistema internacional como la causa de los conflictos bélicos, lo que es debido a su estructura anárquica. Inevitablemente este enfoque conduce a estudios relacionados con la estabilidad del sistema internacional en función de su organización en polos de poder (unipolarismo, bipolarismo, multipolarismo, etc.) (Waltz, 1988; Gullick, 1955; Deutsch & Singer, 1964; Morgenthau, 1963).

Las aportaciones hechas desde el realismo para entender los motivos de la guerra son significativas, lo que no ha impedido el desarrollo de críticas y la aparición de modelos explicativos alternativos. Esto es lo ocurrido con los enfoques racionalistas y estratégicos que ponen de manifiesto las deficiencias empíricas del realismo estructural. Lo anterior está reflejado en la teoría de juegos y los enfoques estratégicos (Schelling, 1960; Morrow, 1994), y en diferente medida en los modelos racionales procedentes en su mayor parte de la economía (Brito & Intriligator, 1985; Powell, 1993; Fearon, 1995; Wagner, 2000; Jackson & Morelli, 2011).

Aunque algunas perspectivas teóricas hacen referencia al papel de la geografía a la hora de explicar la guerra, tal y como sucede en el realismo defensivo (Levy & Thompson, 2010: 35), lo cierto es que la ausencia de un enfoque específicamente geopolítico brilla por su ausencia pese a las importantes aportaciones hechas en dicho ámbito de conocimiento. Por esta razón este artículo tiene como finalidad explorar las principales explicaciones geopolíticas de la guerra. Para ello comenzaremos con una presentación general del estado de la cuestión que nos conducirá a examinar con mayor

detalle cada uno de los modelos explicativos para, finalmente, plantear una perspectiva diferente que responda a nuestra pregunta de investigación: ¿cuáles son las causas de la guerra en el contexto de Europa occidental durante la época moderna?

UNA APROXIMACIÓN GEOPOLÍTICA AL FENÓMENO DE LA GUERRA

Cabe preguntarse qué importancia tiene la guerra en la geopolítica para plantear una aproximación al fenómeno bélico desde esta perspectiva. Sobre este aspecto de la geopolítica cabe hacer dos precisiones iniciales. La propia geopolítica tiene como base y fundamento el saber geográfico que es por definición un saber estratégico al que muy acertadamente Yves Lacoste considera un arma para la guerra (1977; Pinto, 1986). Aunque conceptualmente la guerra está relacionada con la geopolítica, no menos relevante es constatar que el desarrollo de este ámbito de conocimiento estuvo íntimamente unido al estudio de la guerra. Así lo demuestra el concepto de “Wehr-Geopolitik”, geopolítica para la guerra, elaborado en Alemania durante el periodo de entreguerras, y que pone de manifiesto la influencia de diferentes aspectos de la geografía en la estrategia militar (Haushofer, 1932; 1966; Banse, 1932; Franke, 1936: 112 y siguientes; Niedermayer, 1940; 1942).

Por tanto, la conflictividad del entorno internacional es una cuestión central en las reflexiones e investigaciones geopolíticas. Prueba de esto es la geopolítica neoclásica surgida después de la Segunda Guerra Mundial que orientó sus investigaciones hacia los estudios estratégicos (Mamadouh, 1998). Todo esto no deja de ser el reflejo de un hecho fundamental, que no es otro que la dimensión espacial de la guerra y la influencia que el medio geográfico ejerce tanto sobre los conflictos bélicos como sobre las relaciones internacionales. Nigel Thrift y Dean Forbes lo resumieron así: “Conflict always takes place in determinate spatial settings; indeed it is moulded by it. How, why, and even whether people struggle in particular, historically determinate political arenas and how space shapes both the form of this struggle and the people involved in it are questions we take to be at the core of any political geography” (1983: 247).

El principal problema que se presenta a la hora de abordar la guerra desde una perspectiva geopolítica es que la mayoría de las aproximaciones consideran que su único protagonista es el Estado. “War [...] is large-scale organised violence with at least one state as a party” (Wusten, 1985: 13). Ciertamente esta es una importante limitación a la hora de explicar la guerra, pues esta constituye un fenómeno que no es exclusivo de los Estados. Un ejemplo de esto es la Europa del Renacimiento en la que las guerras las protagonizaron distintos actores políticos, desde ciudades-Estado hasta el Imperio, pasando por ligas de ciudades-Estado, señoríos de diferente naturaleza y dimensión, etc.¹ Sin embargo, esto no niega un hecho fundamental que de alguna manera ya ha sido expresado antes, y es que toda guerra, independientemente de quiénes la protagonicen, se produce en un escenario geográfico determinado. Esto es lo que históricamente ha conferido a la guerra un componente territorial que se refleja en el ánimo de las partes beligerantes de controlar la totalidad o una parte del territorio del adversario. Así pues, “[...] la guerra es el acto violento y cruento máximo de lucha por la apropiación física de un territorio, a fin de imponer en él el dominio de una formación social políticamente configurada, frente a otra que también quiere ocupar el mismo territorio o bien que no quiere perderlo” (Sánchez, 1986: 225).

¹ No fue hasta bien entrada la época moderna que los Estados asumieron de manera exclusiva el *ius belli* por su condición de soberanos, lo que fue incorporado al Derecho de Gentes europeo (Schmitt, 1979: 161-162, 167-168, 175).

La geopolítica no persigue explicar la guerra a través de la geografía, sino que plantea una perspectiva que pone en relación los fenómenos políticos con el medio geográfico en el que se desenvuelven.² En la medida en que la guerra constituye un fenómeno de carácter político, la aproximación a la misma gira en torno a su relación con la geografía, y cómo desde la geopolítica se han articulado diferentes explicaciones acerca del modo en el que los factores geográficos influyen en el desencadenamiento de conflictos bélicos.

La geopolítica comprende tres grandes grupos de explicaciones de las causas de la guerra. La primera de ellas, y que está ligada a los precursores de este ámbito de conocimiento, es la que concibe la guerra como una necesidad para la supervivencia de los Estados-organismos. La segunda es la guerra entendida como la consecuencia de la disposición de las tierras emergidas. Y finalmente está el grupo de explicaciones que presentan la guerra como un accidente espacial más o menos inevitable que es el resultado de las fricciones fronterizas entre Estados. Todo esto servirá para plantear en el apartado final nuestra particular perspectiva, basada en la hipótesis de que las teorías geopolíticas más extendidas son reduccionistas, y que una buena teoría que explique las causas de la guerra requiere combinar aspectos geopolíticos con otros derivados de enfoques sistémicos procedentes de las Relaciones Internacionales.

LA PERSPECTIVA ORGANICISTA

Esta perspectiva parte de dos premisas. Por un lado, la equiparación del Estado con un organismo vivo que busca sobrevivir y expandirse de cara a realizar sus potencialidades. Y por otro lado la analogía que es establecida entre el medio internacional y el medio natural como dos ámbitos en los que se produce una permanente lucha por la existencia. La guerra, entonces, es el resultado de las interacciones de los Estados que tratan de expandirse, pero también la consecuencia de la voluntad de autoafirmación de los propios Estados.

Esta imagen del Estado como un organismo vivo tiene sus antecedentes en la geografía política alemana en la medida en que sus principales impulsores procedían de la biología, como es el caso de Friedrich Ratzel, y trasladaron a la geografía sus particulares nociones organicistas. Posteriormente esto tuvo su reflejo en la geopolítica como ámbito de conocimiento a través de su creador, Rudolf Kjellén, quien conceptualiza el Estado como forma de vida (Kjellén, 1916; Mattern, 1942: 70; Tunander, 2001). Como consecuencia de este planteamiento de base, los Estados, al igual que los seres vivos, compiten entre sí por la ocupación de la superficie terrestre. La lucha por el territorio es lo que origina la guerra al ser este un elemento constitutivo del Estado, pero sobre todo una fuerza política que es fuente de poder. La guerra, entonces, viene a ser un proceso natural propio de la evolución de los Estados. De hecho, Ratzel, en su séptima ley del crecimiento de los Estados, describe el contexto geopolítico que favorece el conflicto entre países y eventualmente la guerra. “Al ganar en consideración en tanto que valor político, el territorio se ha convertido en una influencia cada vez más importante, ya que funciona como medida de poder político y como botín en las luchas estatales” (Ratzel, 2011: 154). De todo esto se desprende que las rivalidades entre Estados aumentan el apetito por el crecimiento territorial, lo que

² Consideramos la guerra como una mera continuación de la política por otros medios (Clausewitz, 2005: 31). Además de esto entendemos que los fenómenos políticos tienen una dimensión geográfica, lo que constituye el objeto de estudio de la geopolítica (Kristof, 1960).

hace que el expansionismo sea una tendencia inherente a los Estados, pues en aquellos en los que dicha tendencia no se manifiesta decaen y mueren.

En una línea parecida a la de Ratzel encontramos a su discípula Ellen Churchill Semple. Para esta geógrafa estadounidense los factores geográficos explican la guerra, pues causas de orden climático, el relieve, etc., son las que se encuentran en el origen de la misma. A esto sumaba el territorio como principal fuente de conflictos entre los Estados. "In history, the question of territory [...] has constantly come to the front, because a state obviously involved land and boundaries, and assumed as its chief function the defence and extension of these" (Semple, 1911: 51). Al igual que Semple, el geógrafo, también estadounidense, Ellsworth Huntington relaciona las guerras con el clima. De este modo el clima genera ciclos históricos al mismo tiempo que está relacionado con determinados tipos psicológicos que explican las tendencias a la guerra (Huntington, 1945: 509 y siguientes). Huntington combina todo esto con el darwinismo, de modo que la guerra y la persecución constituyen un factor de selección que afecta a la evolución de las razas, lo que hace que los elementos psicológica y físicamente débiles desaparezcan en el transcurso de los conflictos bélicos o persecuciones (Huntington, 1945: 160-166).

Como ya ha sido indicado, Kjellén concibe el Estado como un organismo, con lo que la guerra no es otra cosa que el resultado de una permanente lucha por la supervivencia de los Estados como formas de vida, todo lo cual se inscribe en el contexto más amplio de la selección natural que impone el medio internacional. Se trata de un medio en el que rige la ley natural de la lucha por la existencia, donde impera la máxima de que la necesidad no conoce ninguna regla, y consecuentemente donde el derecho tiene una importancia menor en la medida en que pasa a un segundo plano cuando la supervivencia del Estado está en juego. A esto se suma la importancia del territorio como elemento constitutivo del Estado-organismo, lo que hace que este mantenga una permanente disposición para la guerra en la medida en que cualquier pérdida territorial es una amenaza a su existencia. Esto es debido a que Kjellén considera el territorio el cuerpo del Estado, de manera que su pérdida es como la pérdida de un órgano del cuerpo (Kjellén, 1916: 41).

En la medida en que Kjellén concibe al Estado como una forma de vida, identifica la existencia de Estados vigorosos que cuentan con un espacio limitado y que están sujetos al imperativo de extenderlo a través de diferentes medios como la conquista. De esta manera, y en la misma línea que Ratzel, Kjellén naturaliza el expansionismo y el imperialismo al considerarlos un fenómeno de la naturaleza y no el resultado de un deseo de conquista más o menos premeditado, pues todo ello responde al ciclo biológico del propio Estado en tanto ser vivo que lucha por sobrevivir en un medio hostil y desarrollar plenamente todas sus potencialidades a través del crecimiento territorial (Kjellén, 1916: 67; Atencio, 1986: 110). La expansión territorial, en definitiva, es la expresión de la vitalidad del Estado, lo que hace de la guerra un proceso no sólo para el desarrollo de su potencial, sino también una forma de autoafirmación.

En la Geopolitik encontramos a Richard Hennig y Leo Körholz quienes, al igual que la mayoría de autores de su tiempo, asumieron los planteamientos expansionistas esbozados por los iniciadores de la geopolítica, especialmente Ratzel y Kjellén (Hennig y Körholz, 1977: 161). En este sentido la guerra no es otra cosa que el resultado del ansia de expansión territorial y la búsqueda de un espacio vital. La misma idea de "Lebensraum" arrastra la connotación organicista del Estado, y consecuentemente redefine la guerra en unos términos biologicistas en los que el espacio es la salvaguardia

de la existencia del ente estatal. Esta idea es una constante en la Geopolitik y sobre todo una expresión muy clara de la perspectiva organicista de las causas de la guerra.

LA PERSPECTIVA DE LA POSICIÓN DE LAS TIERRAS EMERGIDAS

Un análisis diferente al anterior plantea la guerra como el resultado de las posiciones geográficas, más o menos antagónicas, que, dada su importancia estratégica, influyen de un modo decisivo en las relaciones internacionales y determinan los enfrentamientos entre países. Existen, entonces, una serie de contradicciones estratégicas en la geografía mundial que definen los términos de los conflictos. Esta contradicción es la que se produce entre la tierra y el mar, y de la que se derivan los enfrentamientos entre las potencias marítimas y las potencias continentales. La historia es concebida en estos términos geopolíticos como una permanente lucha entre la tierra y el mar. Halford Mackinder es sin duda uno de los principales exponentes de esta perspectiva que esbozó a principios del s. XX y desarrolló posteriormente (1904; 1996), e igualmente Alfred Mahan (1900; 2007).

En la medida en que la geografía condiciona el desencadenamiento de la guerra en función de la distribución de las tierras emergentes, existen, asimismo, una serie de tendencias en la organización espacial del conflicto. La conjunción de la disposición del espacio geográfico y la tendencia de los Estados a expandirse hace que los conflictos tiendan a concentrarse en las mismas regiones a causa de su importancia estratégica para la dominación mundial, y que son por ello los lugares en los que las potencias marítimas y continentales escenifican sus enfrentamientos militares.

Sin duda la geopolítica anglosajona es prolija en autores que sostienen este punto de vista, pues no sólo están Mahan y Mackinder, sino también Colin Gray, quien subraya la importancia de la posición estratégica de determinadas zonas geográficas como el heartland y su papel pivote en la política internacional a causa de su inalcanzable poder potencial. De esta forma las relaciones internacionales son representadas como una lucha entre poderes marítimos y continentales por la dominación mundial (Gray, 1977; 1989; Nijman, 1994). Zbigniew Brzezinski también se manifiesta de un modo parecido al conceptualizar la lucha entre EE.UU. y la Unión Soviética como una manifestación más de la eterna lucha entre la tierra y el mar, entre las potencias marítimas y las continentales (Brzezinski, 1986: 12).

Ciertamente este punto de vista se popularizó durante la Guerra Fría. Ya terminada la Segunda Guerra Mundial el geógrafo estadounidense Derwent Whittlesey definió el conflicto entre Rusia y Occidente en los términos de una lucha entre potencias marítimas y una gran potencia continental (Whittlesey, 1948: 616). Si bien hay que constatar que esta perspectiva ya estaba presente con bastante antelación y tuvo especial recorrido en el marco de la geopolítica alemana del periodo de entreguerras. Al fin y al cabo la Geopolitik recibió la influencia de la geopolítica anglosajona a pesar de que predominó un enfoque organicista de las causas de la guerra. Así, Karl Haushofer, por ejemplo, también concibe la historia como un permanente enfrentamiento entre potencias marítimas y continentales. En la medida en que Haushofer fue uno de los desarrolladores de la llamada Wehrgeopolitik, entiende la guerra a partir del enfrentamiento entre la tierra y el mar como fuerza rectora de la historia. Como consecuencia de esto la disposición de las tierras emergentes genera las condiciones que provocan la guerra (Haushofer, 1932: 62 y siguientes). En una línea parecida está el jurista Carl Schmitt, quien también afirma que “la historia universal es la historia de la

lucha entre las potencias marítimas contra las terrestres y de las terrestres contra las marítimas” (1952: 16).³

En otro lugar encontramos en el mundo francófono al almirante Raoul Castex quien, en consonancia con lo dicho por Mahan y Mackinder, enfatiza la importancia de la ubicación estratégica de algunos lugares, pues constituye un factor importante a la hora de desatar conflictos y guerras. Aunque su condición de almirante le condujo a desarrollar un enfoque hecho desde el papel del mar en la guerra, el planteamiento general del que parte incide en la influencia que la posición de las tierras emergidas desempeña en el estallido de los conflictos bélicos (Castex, 1938-1942; Coutau-Bégarie, 1987: 193-221).

Desde una perspectiva parcialmente diferente a las de los anteriores autores en la medida en que no toma como base la dialéctica de enfrentamiento entre la tierra y el mar, encontramos lo dicho por dos especialistas en polemología, concretamente Gaston Bouthoul y René Carrere. Estos autores señalan la existencia de diferentes lugares en los que dada su naturaleza constituyen una fuente de conflictos y eventualmente de guerra. Estos lugares presentan una serie de características debido a que en ellos se localizan diferentes frentes de agresividad como los climáticos y vegetales, los meteorológicos y los sísmicos. Se trata, en suma, de frentes que constituyen el espacio privilegiado de luchas, enfrentamientos, perturbaciones y erupciones (Bourthoul y Carrere, 1977: 195). Aunque este planteamiento puede resultar inicialmente muy determinista, los autores señalan que estos frentes están sometidos al cambio, con lo que la noción de enemigo hereditario y eterno aliado carecen de sentido. Por tanto, existen localizaciones preferentes de los enfrentamientos cuya identificación requiere el uso de un método científico como es el análisis de datos. Según este punto de vista la investigación no pretende pensar la guerra en tanto práctica política y geográfica, sino más bien “[...] d'évaluer statistiquement les fréquences et les localisations des événements “trouble-paix”” (Varlin, 1976: 150).

En otro lugar encontramos la no menos interesante aportación de autores como James Fairgrieve. Este discípulo de Mackinder asume gran parte de los planteamientos geopolíticos de su maestro y desarrolla su propia aproximación a la cuestión bélica. De hecho, Fairgrieve entiende la interrelación entre geografía e historia de una forma comprensiva. De esta manera contempla la historia desde un punto de vista geográfico, lo que le conduce a analizar la distribución del área terrestre del planeta como un hecho fundamental cuyo centro lo ubica en lo que denomina “el paralelogramo del viejo mundo”. Esta zona, que abarca las tierras de la cuenca mediterránea y que alcanzan parte de Oriente Medio así como las zonas más occidentales de Europa, la consideró el centro de la historia de la humanidad. La razón de todo esto es que constituye la región desde la que las costas de este paralelogramo fueron sometidas e integradas en el sistema marítimo mundial dominado por Europa (Fairgrieve, 1917).

Asimismo, Fairgrieve señala la existencia de una zona intermedia que constituye el lugar de encuentro entre los mundos marítimo y continental. La posición geográfica de esta región, vinculada a la tierra y al mar simultáneamente, constituye una ventaja de la que extrae su propia fuerza. Todo esto lo combina con su particular forma de entender la historia. En lo que a esto respecta Fairgrieve considera la producción y control de la energía el principal fin de la humanidad a lo largo de la historia. Por tanto, la historia es producto de la geografía, pues desde el momento en el que la energía tuvo que ser

³ En la geopolítica rusa encontramos a autores, como Alexander Duguin, que también se hacen eco de esta visión de la historia universal (Duguin, 2005).

producida a partir del entorno físico, el propio medio geográfico determinó la dirección y el éxito de la búsqueda de la energía. A esto se suma el hecho de que la energía está presente en muchas formas distintas y que su utilización depende de los avances técnicos desarrollados por el ser humano. En definitiva, para Fairgrieve la posesión de energía constituye el principal atributo del poder en la esfera internacional en el mundo moderno, y precisamente esta circunstancia es la que genera el desplazamiento gradual del centro o de los centros de poder hacia las nuevas fuentes de energía. Esto explica, por tanto, los conflictos violentos entre países para controlar los recursos con los que la energía es producida en cada periodo histórico y que se concentran en determinados lugares.

Brooks Adams, en su estudio de las civilizaciones, hace de la producción y distribución de las fuentes de energía el principal factor explicativo del devenir histórico. Adams, a partir de este planteamiento, considera la distribución de los metales el fundamento del auge y caída de los imperios mundiales, y consecuentemente el factor que explica la historia. En la medida en que el comercio es la principal fuente de progreso también es la causa de la guerra debido a que los imperios construyen sus propios sistemas económicos con sus mercados, sus comunicaciones a través de continentes y océanos, etc. Adams relaciona el auge y éxito de los imperios con la importancia de la metalurgia debido a que estas estructuras políticas controlaban las rutas de comercio y las minas. La historia, así considerada, es un conjunto de fuerzas geográficas ligadas a la riqueza de los recursos naturales de los territorios que son objeto de disputa y causa de la guerra (Brooks, 1895; 1902).

LA PERSPECTIVA ACCIDENTALISTA

En esta última perspectiva se agrupan algunos autores que utilizan métodos y puntos de vista acerca de la geografía y la geopolítica completamente distintos, pero que, sin embargo, coinciden en su misma forma de entender la guerra como producto de una serie de fricciones entre Estados vecinos, generalmente por razones fronterizas, lo que hace que las distancias sean un elemento decisivo a la hora de analizar la guerra y la paz.

George Curzon, por ejemplo, llega a afirmar respecto al papel de las fronteras en el desencadenamiento de las guerras lo siguiente: "Frontiers are indeed the razor's edge on which hang suspended the modern issues of war or peace, of life or death of nations" (1907: 7). Thomas Holdich vino a confirmar esta aseveración al decir lo siguiente: "Thus it happens in the recent history of the world most of the important wars, and of international quarrels to which war seemed to be inevitable sequel, have arisen over disputed boundaries" (1916: 1). Este punto de vista fue en gran medida el resultado de la experiencia imperialista del s. XIX, así como de los procesos de construcción nacional que se desarrollaron en ese mismo periodo.

La Gran Guerra, asimismo, dio un impulso a la aparición de un enfoque en el que las disputas fronterizas son consideradas la causa de la guerra. Prueba de esto son las diferentes tensiones que emergieron con la reorganización territorial de Europa con la paz de Versalles. El geógrafo estadounidense Isaiah Bowman constata esta realidad al señalar que las zonas de fricción creadas en torno a las fronteras podrían conducir más pronto que tarde a una nueva guerra. "The danger spots of the world have been greatly increased in number, the zones of friction lengthened. Where there were approximately 8000 miles of old boundary about the former states of central Europe, there are now 10,000 miles, and of this total more than 3000 miles represent newly located boundaries. Every additional mile of new boundary, each new location, has increased for a time the

sources of possible trouble between unlike and, in the main, unfriendly peoples” (Bowman, 1921: 3).

En el ámbito del neopositivismo encontramos otras expresiones de accidentalismo que llegan a conciliar en sus textos afirmaciones que inicialmente resultan contradictorias. Un ejemplo de esto es Peter Hagget quien plantea la coexistencia de dos situaciones incompatibles como es la permanente tensión internacional y conflictos ocasionales al afirmar lo siguiente: “Los Estados existen en una condición permanente de tensión internacional. Puesto que la superficie territorial es finita, la persecución de intereses independientes por parte de cada Estado puede ocasionalmente producir conflictos” (1988: 489). Al margen de estos planteamientos, las aproximaciones neopositivistas abordan superficialmente la cuestión de la guerra debido no sólo al escaso interés que despierta,⁴ sino sobre todo al hecho de considerar que se trata de un fenómeno episódico.

Los estudios neopositivistas de geografía política destacan por la utilización del modelo matemático de Lewis Richardson (1960) para analizar la relación entre los conflictos y la organización espacial. Esta obra no sólo es una referencia al servir de inspiración para una gran cantidad de modelos y trabajos neopositivistas (Most & Starr, 1978; 1980; 1984; 1989; Siverson & Starr, 1989), sino que también lo es en el terreno de la ciencia política a la hora de explicar la propagación de la guerra y la relación que existe entre esta y la proximidad geográfica (Most, Starr & Siverson, 1989; Siverson & Starr, 1990; Pearson, 1974; Diehl, 1985), sin olvidar tampoco aquellas aproximaciones que centran la atención en las disputas fronterizas (Mandel, 1980).

La base argumental de la mayoría de estos enfoques neopositivistas es la afirmación de Richardson de que la posibilidad de que un Estado entre en conflicto depende del número de vecinos que este tenga (Midlarsky, 1975). Esta premisa se basa en que una situación así facilita la existencia de mayores oportunidades de interacción entre Estados que poseen fronteras comunes, lo que contribuye a aumentar el grado de incertidumbre en el comportamiento internacional, circunstancia que hace que un Estado tenga mayores probabilidades de entrar en conflicto con alguno de sus Estados vecinos que no con un Estado con el que no posee fronteras comunes. Por tanto, la contigüidad fronteriza constituye un factor que hace más probable una disputa entre Estados y una posible escalada hacia la guerra, y no tanto un elemento causante por sí mismo de un conflicto. “Nations tend to regard confrontations that are closer to home as more urgent and threatening to their national security than those in a distant land” (Diehl, 1985: 1208).

Frederic Pearson, en cambio, afirma que la guerra es un problema más complejo debido a que las grandes potencias intervienen militarmente lejos de su territorio, a lo que hay que añadir los objetivos y orígenes de las potencias grandes, medias y pequeñas. La contigüidad geográfica no es siempre el factor explicativo. “While geographic distance seems an important cost, and, in some cases, proximity an important incentive to intervention, contiguity seems to have less relation to intervention probability than might be expected [...]. However, territorial and social protective interventions were often associated with contiguity” (Pearson, 1974: 457). En la misma línea otros autores como Starr y Most también hacen referencia a la influencia de la existencia de lo que llaman fronteras coloniales, lo que hace que las probabilidades de entrar en guerra sean mayores para la potencia colonial, mientras que la abundancia de fronteras en la

⁴ Son diferentes los manuales y trabajos que soslayan el análisis de la dimensión conflictiva de las realidades geográfico-políticas (Jackson & Bergman, 1973; Blij, 1967).

metrópoli produce el efecto contrario debido a la supuesta tranquilidad que ofrece la existencia de unos vecinos más débiles (Most & Starr, 1978). Otros autores, en cambio, hacen hincapié en la importancia de la distancia como un factor a tener en cuenta en la proyección del poder, y cómo cuanto más lejos se ubican los conflictos mayores son las probabilidades de que un Estado permanezca neutral (O'Sullivan, 1982; 1985; 1986; O'Sullivan & Miller, 1983).

Otro punto de vista también accidentalista es el que Robert Mandel desarrolla al indagar en “what kinds of states, tensions, and situations are most conducive to the occurrence or intensification of boundary conflicts” (Mandel, 1980: 427). Así es como Mandel estudia el efecto que produce la disparidad de poder entre Estados vecinos, sus respectivos niveles de tecnología, sus alineamientos internacionales, el tipo de desacuerdo y el tamaño de cada conjunto de Estados mutuamente contiguos. Esta perspectiva neopositivista incorpora diferentes datos, pero no los integra en un marco de estudio global. Paul Diehl y Gary Goertz, por su parte, tratan de perfeccionar el estudio de Mandel sobre esta cuestión al considerar que los cambios territoriales juegan un papel integral en las relaciones internacionales. Por este motivo dirigen su atención al análisis de la zona objeto de disputa al ser un elemento fundamental para determinar el uso de la fuerza militar para resolver un conflicto (Diehl & Goertz, 1988; 1991). Igualmente, Robert McColl (1983) propone una clasificación del espacio desde el punto de vista de la proclividad bélica que ofrece, lo que le lleva a distinguir entre zonas de lucha, críticas y de paso, lo que permitiría predecir la conducta de los Estados en el terreno militar.

LA PERSPECTIVA DE LA FRAGMENTACIÓN GEOPOLÍTICA

Las diferentes explicaciones geopolíticas de las causas de la guerra constituyen aportaciones interesantes, pero no concluyentes. Esto mismo ocurre, en general, con todas las teorías que pretenden ofrecer una explicación definitiva de los factores que están en el origen de un fenómeno tan complejo como la guerra. Por esta razón cualquier aproximación a las causas de la guerra, si quiere aportar conocimiento, necesita acotar el alcance de su explicación en relación con el objeto de estudio. En nuestro caso entendemos que la guerra es un fenómeno que trasciende las estructuras políticas de cada momento y lugar, con lo que la perspectiva que aquí planteamos se circunscribe al sistema de Estados surgido en Europa occidental durante la época moderna.

La guerra es una constante en la historia humana, con lo que sus causas no son necesariamente atribuibles a la posición de las tierras emergidas, la distancia geográfica o a factores geomorfológicos. Más bien detectamos que la guerra ha sido un fenómeno cada vez más recurrente y destructivo en el periodo moderno en la región de Europa occidental. Prueba de esto es que de 1480 a 1800 cada 2 o 3 años se producía un conflicto internacional de dimensiones considerables, mientras que entre 1800 y 1944 esto sucedía cada 1 o 2 años (Beer, 1974: 12-15; Small & Singer, 1982: 59-60; Cusack & Eberwein, 1982; Sivard, 1986: 26; Ullman, 1960; Tilly, 1992: 109).

Nuestra explicación se basa en que la fragmentación geopolítica de Europa occidental contribuyó a desatar una intensa competición internacional entre países desde el s. XIV en adelante (Hoffman, 2016: 20), lo que favoreció el cada vez más recurrente estallido de nuevas guerras. Esta dinámica impulsó el proceso de modernización de los Estados, lo que supuso su conversión en entes territoriales y soberanos dotados, a su vez, de mayores capacidades militares para afirmar su autonomía y emprender guerras. Por

tanto, la guerra en Europa en la época moderna se explica a través de su fragmentación geopolítica en multitud de Estados, circunstancia que favoreció que estos, por razones de seguridad, aumentasen su poder militar y que, de esta forma, diesen origen a un entorno internacional anárquico que alimentó la dinámica de competición, y con ella también la guerra.

Kenneth Waltz, en su obra *Man, the State and War*, habla de la tercera imagen, la del sistema internacional, a la hora de explicar las causas de la guerra. Para ello habla de la anarquía como la situación en la que diferentes unidades políticas carecen de una autoridad superior que regule sus interacciones. Como consecuencia de esto las rivalidades entre países conducen al desarrollo de estrategias dirigidas a preservar la propia seguridad a través del equilibrio de poder, lo que se concreta en el aumento de las capacidades nacionales o en el establecimiento de alianzas. Sin embargo, Waltz no tiene en cuenta que para que exista anarquía es necesario que previamente exista una fragmentación geopolítica. Ni tampoco explica cómo se llega a la anarquía internacional del sistema de Estados. En lo que a esto se refiere, el escenario europeo occidental ya estaba muy fragmentado al final de la Edad Media. En el s. XIV había aproximadamente un millar de unidades políticas independientes en Europa, mientras que en el s. XVI la cifra era de 500 (Tilly, 1975: 15).⁵ John Hale describió esta fragmentación política de Europa de la siguiente forma: “In spite of the border which a cartographer can draw around the area which opinion in the mid-fifteenth century accepted as within the Holy Roman Empire, that is the chiefly Germanic zone between France and Hungary, and Denmark and northern Italy, he cannot colour in the multitude of cities, princely enclaves and militant ecclesiastical territories that saw themselves as actually or potentially independent, without giving the reader an impression that he is suffering from a disease of the retina” (1998: 14). Esta situación era en gran medida fruto de la desintegración del imperio carolingio.

Sin embargo, la fragmentación geopolítica en Europa en la Edad Media no implicaba una situación de anarquía, al menos tal y como los autores realistas la definen (Mearsheimer, 2014: 29-54; Waltz, 1988). Esto es debido a que los Estados no eran soberanos, al mismo tiempo que el Sacro Imperio y la Iglesia se disputaban el derecho supremo a gobernarlos.⁶ De hecho, la Iglesia desempeñó en este periodo el papel de ente regulador y moderador de las relaciones inter-europeas. A pesar de esto, la lucha entre el Imperio y la Iglesia por la supremacía contribuyó a crear un contexto crecientemente anárquico al permitir a los monarcas afirmar su autoridad sobre sus respectivos reinos a través de diferentes concesiones obtenidas del Papa y del emperador (Spruyt, 1996: 42-55). El resultado de esta dinámica fue el declive tanto del Imperio como de la Iglesia frente a una serie de nuevas formas políticas que emergieron al final de la Edad Media (Spruyt, 1996). Todo esto dio paso a una política de poder en la que cada vez importaban más las capacidades materiales para respaldar unas crecientes fuerzas militares. Se produjo así la transición hacia una anarquía internacional que ya existía a efectos prácticos antes de su formalización en 1648.

⁵ No podemos negar aquí la deuda intelectual con Kenneth Waltz y Charles Tilly a la hora de esbozar esta explicación de la fragmentación, pero también cabría añadir la no menos relevante influencia de otros autores como Eric Jones (1991), John Hall (1988), David Cosandey (1997) y Robert Wesson (1978), quienes también analizaron la fragmentación geopolítica.

⁶ No hay que olvidar que en la época medieval existía una superposición de múltiples jurisdicciones en virtud de la que ningún actor político tenía la capacidad de reclamar un derecho a gobernar de forma exclusiva un territorio. De hecho, el poder se desarrollaba a través de una vasta trama de relaciones personales (Poggi, 1978; Strayer, 1971).

La fragmentación geopolítica en el contexto histórico de las luchas entre el Imperio y la Iglesia contribuyó al fortalecimiento de los monarcas quienes afirmaron su autoridad suprema en sus respectivos reinos, tanto frente a rivales internos como frente a entes supranacionales y otros Estados. La guerra operó así como una fuerza motriz que facilitó e impulsó este cambio que supuso, en definitiva, el fortalecimiento del Estado al transformar su constitución interna y convertirlo así en un ente territorial y soberano.⁷ Esto fue posible al dotarse de unos medios de dominación con los que centralizó y concentró el poder político para afirmar así su autonomía. La creación de ejércitos permanentes y el establecimiento de una potente burocracia capaz de extraer muchos más recursos que el viejo Estado medieval son prueba de esto.

La fragmentación geopolítica, entonces, favoreció la competición entre países y la guerra, lo que desembocó en la aparición del Estado moderno como nueva organización del espacio. La guerra catalizó un cambio decisivo en la constitución interna del Estado que hizo que durante largo tiempo fuera esencialmente una organización militar (Mann, 1997: 525-578). La guerra era su causa y consecuencia (Tilly, 1975: 42), además de su principal finalidad.⁸ Esto es lo que explica que el principal objetivo de los gobernantes fuese hacer la guerra (Hoffman, 2016: 23).⁹ Todo esto era la consecuencia de que la guerra adquiriese un carácter existencial debido a que la derrota militar podía conllevar la desaparición del Estado, especialmente al comienzo de la época moderna.

El desarrollo de un poder infraestructural no sólo alteró la relación entre el Estado y la sociedad (Mann, 1984), sino que también condujo a una territorialización del espacio con la que el ente estatal tuvo acceso exclusivo a los recursos presentes a nivel local, sobre todo impuestos y soldados. Todo esto cristalizó en el nacimiento del Estado moderno que vino a ser una suerte de geopoder al ejercer el gobierno exclusivo sobre el espacio geográfico que comenzó a reivindicar como propio (Ó Tuathail, 1996: 15-20). Por tanto, la territorialidad no sólo estableció una división fundamental entre los asuntos internos y externos del Estado, sino que conllevó la conversión de este en un contenedor geográfico en el que los procesos sociales o políticos tienen lugar (Agnew, 2005: 60; Giddens, 2002: 120 y 281).

La formación del Estado territorial y soberano, junto a su posterior generalización, supuso, a su vez, la transformación del espacio geográfico internacional con la aparición del sistema de Estados. De esta forma el medio internacional se convirtió en un entorno anárquico que ahondó la dinámica competitiva ya presente, y consecuentemente que la guerra fuese una constante en la historia moderna de Europa. Por tanto, la formación y generalización de una forma específica de organizar el espacio, como es el Estado moderno, diseñada para hacer la guerra,¹⁰ y por ello con mayores capacidades en lo fiscal y militar, explica la guerra en la medida en que esta pasó a ser un elemento

⁷ La soberanía como atributo del Estado moderno define su autonomía al referirse a un poder originario que no es dependiente ni interna ni externamente (Vallès, 2004: 161). Asimismo, la soberanía tiene un carácter territorial al establecer la demarcación de las fronteras del espacio geográfico sobre el que el Estado ejerce su autoridad suprema (Hinsley, 1986: 1 y 26; Benn, 1967).

⁸ “The [...] essential function of the State is the conduct of war. [...] Without war no State could be. All those we know of arose through war, and the protection of their members by armed force remains their primary and essential task” (Treitschke, 1916: I, 64-65; véase también Tilly, 1985: 181).

⁹ “Así pues, un príncipe no debe tener otro objetivo ni otra preocupación, ni debe considerar como suya otra misión que la de la guerra, su organización y su disciplina” (Maquiavelo, 2003: 105).

¹⁰ “El Estado moderno es necesariamente, por su esencia y su objetivo, un Estado militar; por su parte, el Estado militar se convierte también, necesariamente, en un Estado conquistador; porque si no conquista él, será conquistado, por la simple razón de que donde reina la fuerza no puede pasarse sin que esa fuerza obre y se muestre” (Bakunin, 2002: 52).

constitutivo de la anarquía del sistema internacional. Dado que ningún Estado consiguió imponerse a todos los demás, y que la fragmentación geopolítica se mantuvo en el contexto de un medio anárquico, la guerra persistió como el resultado inevitable de dicha fragmentación. Todo esto confirma lo dicho por Heinrich von Treitschke: “War, therefore, will endure to the end of history, as long as there is multiplicity of States” (1916: I, 65).

CONCLUSIÓN

Las tres primeras perspectivas antes expuestas centran su atención en algún aspecto específico de las causas de la guerra. Sin embargo, su principal inconveniente es que ofrecen explicaciones reduccionistas que no tienen en cuenta la complejidad de este fenómeno, especialmente en lo referido a su dimensión histórica e institucional.

Así, la perspectiva organicista cae en el error de naturalizar el Estado, y con este también la guerra, de manera que los conflictos bélicos son inevitables e incluso una necesidad. Esto es corroborado por la trasposición de las ideas darwinistas de la lucha por la existencia al terreno de las relaciones internacionales. De este modo la guerra es justificada de acuerdo con una intencionalidad política y a unos postulados ideológicos al servir a los proyectos expansionistas e imperialistas de determinadas potencias. En otras ocasiones este enfoque presenta la geomorfología como factor determinante en el desencadenamiento de conflictos bélicos, lo que refuerza la idea de su inevitabilidad al responder a una necesidad de la propia naturaleza.

Por otra parte, la perspectiva de la disposición de las tierras emergentes cae en otra forma de reduccionismo al ignorar el modo en el que la experiencia geográfica de las sociedades ha variado a lo largo de la historia. Dicha experiencia ha estado condicionada tanto por el conocimiento geográfico disponible en cada momento y lugar, como por otros factores de no menor importancia como la tecnología, las instituciones políticas, etc. Así, este enfoque cae en otra forma de geodeterminismo en la medida en que la naturaleza establece determinados lugares como puntos proclives a desencadenar conflictos bélicos.

La perspectiva accidentalista, por su parte, es muy limitada en su aproximación a las causas de la guerra. Tal y como Andrew Kirby y Michael Ward apuntaron (1987), las fronteras no son por sí mismas causas de las guerras sino señales de la existencia de conflictos previos que son los que las originaron. De hecho, no son pocas las guerras cuya causa no es un problema fronterizo como tampoco territorial. La historia está plagada de ejemplos de este tipo, desde la guerra del Peloponeso hasta las guerras de Irak o de Afganistán.

En contraste con estos puntos de vista, la perspectiva de la fragmentación geopolítica aquí expuesta ofrece una explicación limitada de las causas de la guerra en la medida en que se circunscribe a la historia de la Europa moderna. De este modo la fragmentación del escenario europeo favoreció la competición y la transformación de la constitución interna del Estado medieval. Así hizo su aparición el Estado moderno, provisto de mayores medios de dominación con los que pudo afirmar su autonomía tanto dentro de sus fronteras, frente a rivales internos, como en el exterior frente a otros Estados y entes supranacionales. En este sentido, el Estado moderno es una nueva forma de organizar el espacio pensada para preparar y hacer la guerra al disponer de mayores capacidades militares y fiscales, lo que explica, como apuntamos antes, que la guerra fuese más

frecuente y destructiva en el periodo moderno comparado con la Edad Media (Downing, 1992: 56-64; Porter, 1994: 23-27).

La innovación que el Estado moderno representa en términos geopolíticos ha tenido sus consecuencias en la reorganización del espacio geográfico internacional con la creación de un entorno anárquico. Dicho contexto no hizo sino exacerbar la dinámica competitiva ya existente. La aparición del sistema de Estados westfaliano fue la consecuencia lógica, y probablemente inevitable, de la generalización de una forma política que en esencia era una máquina de guerra. Esto es lo que explica que la guerra misma se convirtiese en un elemento constitutivo de este sistema en la medida en que ninguna potencia logró imponerse a todas las demás y poner fin así a la fragmentación geopolítica.

La posterior expansión del sistema de Estados europeo a escala mundial ha contribuido, asimismo, a hacer de la guerra un fenómeno sistémico resultado de las inestables relaciones de poder entre países y las consecuentes rupturas de equilibrio entre estos. En este sentido la fragmentación geopolítica, como elemento constitutivo de la anarquía internacional del sistema westfaliano, favorece un estado de conflictividad permanente que eventualmente se traduce en el desencadenamiento de guerras. Como consecuencia de esto la guerra, en el escenario mundial de fragmentación, constituye un factor limitante que mantiene la anarquía del sistema internacional al impedir que un único Estado someta al resto. De esta forma la guerra desempeña una función que, al igual que en las sociedades primitivas descritas por Pierre Clastres (2009), consiste en impedir la concentración excesiva de poder con la formación de un Estado mundial.

SOBRE EL AUTOR:

Doctor en Ciencias Políticas, Máster en Estudios Internacionales y especialista en geopolítica. Correo electrónico: esteban.vidal@mail.ru

REFERENCIAS

- Agnew, John (2005), *Geopolítica: Una re-visión de la política mundial*, Madrid: Trama.
- Atencio, Jorge E. (1986), *Qué es la geopolítica*, Buenos Aires: Pleamar.
- Bakunin, Mijail A. (2002), *Estatismo y anarquía*, Barcelona: Folio.
- Banse, Ewald (1932), *Raum und Volk im Weltkrieg: Gedanken über eine nationale Wehrlehre*, Oldenburg: Stalling.
- Beer, Samuel H. (1974), *Modern Political Development*, New York: Random House.
- Benn, Stanley (1967), "Sovereignty", in Edwards, Paul (Ed.), *The Encyclopedia of Philosophy*, New York: MacMillan, Vol. 7/8, pp. 501-505.
- Blainey, Geoffrey (1988), *The Causes of War*, New York: Free Press.
- Blij, Harm J. (1967), *Systematic Political Geography*, New York: John Wiley & Sons.
- Bourthoul, Gaston y Carrere, René (1977), *El desafío de la guerra (1740-1974)*, Madrid: Edaf.
- Bowman, Isaiah (1921), *The New World: Problems in Political Geography*, Nueva York: World Book Company.

- Brito, Dagobert L. & Intriligator, Michael D. (1985), "Conflict, War, and Redistribution", *American Political Science Review*, Vol. 79, No. 4, pp. 943-957.
- Brooks, Adams (1902), *The New Empire*, New York: The Macmillan Company.
- (1895), *The Law of Civilization and Decay*, London: Swan Sonnenschein & Co.
- Brzezinski, Zbigniew (1986), *Game Plan: A Geostrategic Framework for the Conduct of the U.S.-Soviet Contest*, Boston: The Atlantic Monthly Press.
- Cash, Greg (2014), *What Causes War?: An Introduction to Theories of International Conflict*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- Castex, Raoul (1938-1942), *Teorías estratégicas*, Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval, 5 Vols.
- Clastres, Pierre (2009), *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Clausewitz, Carl von (2005), *De la guerra*, Madrid: La Esfera de los Libros.
- Cosandey, David (1997), *Le secret de l'Occident: Du miracle passé au marasme présent*, París: Arléa.
- Coutau-Bégarie, Hervé (1987), *La potencia marítima (Castex)*, Madrid: Ediciones Ejército.
- Curzon, George N. (1907), *Frontiers*, Oxford: Clarendon Press.
- Cusack, Thomas R. & Eberwein, Wolf-Dieter (1982), "Prelude to War: Incidence, Escalation and Intervention in International Disputes, 1900-1976", *International Interactions*, Vol. 9, No. 1, pp. 9-28.
- Deutsch, Karl W. & Singer, J. David (1964), "Multipolar Power Systems and International Stability", *World Politics*, Vol. 16, No. 3, pp. 390-406.
- Diehl, Paul F. & Goertz, Gary (1991), "Interstate Conflict over Exchanges of Homeland Territory, 1816-1980", *Political Geography Quarterly*, Vol. 10, No. 4, pp. 342-355.
- (1988), "Territorial Changes and Militarized Conflict", *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 32, No. 1, pp. 103-122.
- Diehl, Paul F. (1985), "Contiguity and Military Escalation in Major Power Rivalries, 1816-1980", *Journal of Politics*, Vol. 47, No. 4, pp. 1203-1211.
- Downing, Brian M. (1992), *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*, Princeton: Princeton University Press.
- Duguin, Alexander (2005), "Los paradigmas del fin", *Nihil Obstat*, No. 5, primavera-verano, pp. 23-58.
- Evera, Stephen van (1999), *Causes of War: Power and the Roots of Conflict*, Ithaca: Cornell University Press.
- Fairgrieve, James (1917), *Geography and World Power*, Nueva York: E. P. Dutton.
- Fearon, James D. (1995), "Rationalist Explanations for War", *International Organization*, Vol. 49, No. 3, pp. 379-414.
- Franke, Hermann (1936), *Handbuch der neuzeitlichen Whrwissenschaften*, Berlín y Leipzig: Walter de Gruyter, Vol. 1.

George, A. L. (1969), "The "Operational Code": A Neglected Approach to the Study of Political Leaders and Decisionmaking", *International Studies Quarterly*, Vol. 13, No. 2, pp. 190-222.

Giddens, Anthony (2002), *The Nation-State and Violence*, Oxford: Polity Press.

Gray, Colin S. (1989), *The Geopolitics of Superpower*, Lexington: University Press of Kentucky.

— (1977), *The Geopolitics of the Nuclear Era*, New York: Crane Russak.

Gulick, Edward V. (1955), *Europe's Classical Balance of Power*, Ithaca: Cornell University Press.

Haggett, Peter (1988), *Geografía. Una síntesis moderna*, Barcelona: Omega.

Hale, John R. (1998), *War and Society in Renaissance Europe 1450-1620*, Guernsey: Sutton.

Hall, John (1988), *Poderes y libertades*, Barcelona: Ediciones Península.

Hanson, Victor D. (2011), *Guerra. El origen de todo*, Madrid: Turner.

Haushofer, Karl (1966), "Geopolitik Becomes Geopolitik of War", in Dorpalen, Andreas (Ed.), *The World of General Haushofer: Geopolitics in Action*, Port Washington: Kennikat Press, pp. 23-24.

— (1932), *Wehr-Geopolitik: geographische Grundlagen einer Wehrkunde*, Berlín: Junker und Dünnhaupt.

Hennig, Richard y Körholz, Leo (1977), *Introducción a la geopolítica*, Buenos Aires: Pleamar.

Hinsley, Francis H. (1986), *Sovereignty*, Cambridge: Cambridge University Press.

Hobbes, Thomas (2018), *Leviatán: O la materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*, Madrid: Alianza.

Hoffman, Philip T. (2016), *¿Por qué Europa conquistó el mundo?*, Barcelona: Planeta.

Holdich, Thomas H. (1916), *Political Frontiers and Boundary Making*, London: Macmillan & Co.

Holsti, O. R. & George, A. L. (1975), "The Effects of Stress on the Performance of Foreign Policy-Makers", in Cotter, C. P. (Ed.), *Political Science Annual*, Indiannapolis: Bobbs-Merrill, pp. 255-319.

Howard, Michael (1987), *Las causas de las guerras y otros ensayos*, Madrid: Estado Mayor del Ejército.

Huntington, Ellsworth (1945), *Mainsprings of Civilization*, Nueva York: Wiley.

Jackson, Matthew O. & Morelli, Massimo (2011), "The Reasons for Wars-An Updated Survey", in Coyne, Christopher J. & Mathers, Rachel L. (Eds.), *The Handbook on the Political Economy of War*, Cheltenham: Elgar, pp. 34-57.

Jackson, William A. D. & Bergman, Edward F. (1973), *A Geography of Politics*, Dubuque: W.C. Brown Co.

Jervis, R. (1976), *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton: Princeton University Press.

- Jones, Eric (1991), *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*, Madrid: Alianza.
- Kagan, Donald (2003), *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*, Madrid: Turner.
- Kant, Immanuel (1949), "Eternal Peace", in Frederick, C. J. (Ed.), *The Philosophy of Kant*, New York: Modern Library, pp. 430-476.
- Kirby, Andrew M. & Ward, Michael D. (1987), "The Spatial Analysis of Peace and War", *Comparative Political Studies*, Vol. 20, No. 3, pp. 293-313.
- Kissinger, Henry (1968), "The White Revolutionary: Reflections on Bismarck", *Daedalus*, Vol. 97, No. 3, pp. 888-924.
- (1964), *A World Restored*, New York: Grosset and Dunlap.
- (1957), *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, New York: Harper.
- Kjellén, Rudolf (1916), *Staten som Lifsförm*, Estocolmo: Gebers.
- Kristof, Ladis K. D. (1960), "The Origins and Evolution of Geopolitics", *The Journal of Conflict Resolution*, Vol. 4, No. 1, pp. 15-51.
- Lacoste, Yves (1977), *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona: Anagrama.
- Lenin, Vladimir I. (1974), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Madrid: Editorial Fundamentos.
- Levy, Jack S. & Thompson, William R. (2010), *Causes of War*, Oxford: Wiley-Blackwell.
- Mackinder, Halford J. (1996), *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*, Washington D.C.: National Defense University Press.
- (1904), "The Geographical Pivot of History", *Geographical Journal*, Vol. 23, No. 4, pp. 421-444.
- Mahan, Alfred T. (2007), *La influencia del poder naval en la historia*, Madrid: Ministerio de Defensa.
- (1900), *The Problem of Asia and Its Effect upon International Policies*, Boston: Little, Brown, and Company.
- Mamadouh, Virginie D. (1998), "Geopolitics in the Nineties: One Flag, Many Menings", *GeoJournal*, Vol. 46, No. 4, pp. 237-253.
- Mandel, Robert (1980), "Roots of the Modern Interstate Border Dispute", *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 24, No. 3, pp. 427-454.
- Mann, Michael (1997), *Las fuentes del poder social, II*, Madrid: Alianza.
- (1984), "The Autonomous Power of the State: Its Origins, Mechanisms and Results", *European Journal of Sociology*, Vol. 25, No. 2, pp. 185-213.
- Maquiavelo, Nicolás (2006), *El Príncipe*, Madrid: Espasa.
- Mattern, Johannes (1942), *Geopolitik: Doctrine of National Self-Sufficiency and Empire*, Baltimore: Johns Hopkins Press.
- McColl, Robert W. (1983), "A Geopolitical Model for International Behaviour", in Kliot, Nunt & Waterman, Stanley (Eds.), *Pluralism and Political Geography: People, Territory and State*, London: Croom Helm, pp. 284-294.

- Mearsheimer, John J. (2014), *The Tragedy of Great Power Politics*, New York: Norton.
- Midlarsky, Manus I. (1975), *On War*, Nueva York, Free Press.
- Morgenthau, Hans J. (1963), *La lucha por el poder y por la paz*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Morrow, James D. (1994), *Game Theory for Political Scientists*, Princeton: Princeton University Press.
- Most, Benjamin A.; Starr, Harvey & Siverson, Randolph M. (1989), "The Logic and Study of the Diffusion of International Conflict", in Midlarsky, Manus I. (Ed.), *Handbook of War Studies*, Boston: Unwin Human, pp. 111-139.
- Most, Benjamin A. & Starr, Harvey (1989), *Inquiry, Logic and International Politics*, Columbia: University of South Carolina Press.
- (1984), "International Relations Theory, Foreign Policy Substitutability, and "Nice" Laws", *World Politics*, Vol. 36, No. 3, pp. 383-406.
- (1980), "Diffusion, Reinforcement, Geopolitics, and the Spread of War", *American Political Science Review*, Vol. 74, No. 4, pp. 932-946.
- (1978), "A Return Journey: Richardson, "Frontiers" and Wars in the 1946-1965 Era", *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 22, No. 3, pp. 441-467.
- Niedermayer, Oskar von (1942), *Wehrgeographie*, Berlín: Steiniger.
- (1940), "Wehrgeographie am Beispiel Sowjetrußlands", *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde*, No. 8, pp. 1-29.
- Nijman, Jan (1994), "Colin S. Gray", in O'Loughlin, John (Ed.), *Dictionary of Geopolitics*, Westport: Greenwood Press, pp. 102-103.
- O'Sullivan, Patrick & Miller, Jesse W. (1983), *The Geography of Warfare*, London: Croom Helm.
- O'Sullivan, Patrick (1986), *Geopolitics*, London: Croom Helm.
- (1985), "The Geopolitics of Deterrence", in Pepper, David & Jenkins, Alan (Eds.), *The Geography of Peace and War*, Oxford: Basil Blackwell, pp. 29-41.
- (1982), "Antidomino", *Political Geography Quarterly*, Vol. 1, No. 1, pp. 57-64.
- Ó Tuathail, Gearóid (1996), *Critical Geopolitics*, Minneapolis: University of Minnesota.
- Pearson, Frederic S. (1974), "Geographic Proximity and Foreign Military Intervention", *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 18, No. 3, pp. 432-460.
- Pinto Cebrián, Fernando (1986), *La geografía y la guerra. Un análisis de sus relaciones*, Madrid: Servicio de Publicaciones del EME.
- Poggi, Gianfranco (1978), *The Development of the Modern State: A Sociological Introduction*, London: Hutchinson.
- Porter, Bruce D. (1994), *War and the Rise of the State: The Military Foundations of Modern Politics*, New York: The Free Press.
- Powell, Robert (1993), "Guns, Butter, and Anarchy", *American Political Science Review*, Vol. 87, No. 1, pp. 115-132.

- Ratzel, Friedrich (2011), "Las leyes del crecimiento espacial de los Estados. Una contribución a la Geografía Política Científica", *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, Vol. 2, No. 11, pp. 135-156.
- Richardson, Lewis (1960), *Statistics of Deadly Quarrels*, Chicago: Quadrangle Books.
- Sánchez, Joan-Eugeni (1986), "Guerra y dominio del espacio: la guerra interior española de 1936-1939 en su proyección espacial subsiguiente", *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, No. 6, pp. 225-249.
- Schelling, Thomas C. (1960), *The Strategy of Conflict*, Cambridge: Harvard University Press.
- Schmitt, Carl (1979), *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del Jus Publicum Europaeum*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- (1952), *Tierra y mar. Consideraciones sobre la historia universal*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Schumpeter, Joseph A. (1986), *Imperialismo. Clases sociales*, Madrid: Tecnos.
- Semple, Ellen C. (1911), *Influences of Geographic Environment: On the Basis of Ratzel's System of Anthropo-Geography*, Nueva York: Henry Holt and Company.
- Sivard, Ruth L. (1986), *World Military and Social Expenditures*, Washington D.C.: World Priorities.
- Siverson, Randolph M. & Starr, Harvey (1990), "Alliances and Geopolitics", *Political Geography Quarterly*, Vol. 9, No. 3, pp. 232-248.
- (1989), "Alliance and Border Effects on the War Behavior of States: Refining the Interaction Opportunity Model", *Conflict Management and Peace Science*, Vol. 10, No. 2, pp. 21-46.
- Small, Melvin & Singer, Joel D. (1982), *Resort to Arms. International and Civil Wars, 1816-1980*, Beverly Hills: Sage.
- Spruyt, Hendrik (1996), *The Sovereign State and Its Competitors*, Princeton: Princeton University Press.
- Strayer, Joseph R. (1971), *Medieval Statecraft and the Perspectives of History*, Princeton: Princeton University Press.
- Thrift, Nigel & Forbes, Dean (1983), "A Landscape with figures: Political Geography with Human Conflict", *Political Geography Quarterly*, Vol. 2, No. 3, pp. 247-263.
- Tilly, Charles (1992), *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*, Madrid: Alianza.
- (1985), "War Making and State Making as Organized Crime", in Evans, Peter B.; Rueschemeyer, Dietrich & Skocpol, Theda (Eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 169-191.
- (1975), "Reflections on the History of European State-Making", in Tilly, Charles (Ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 3-83.
- Treitschke, Heinrich von (1916), *Politics*, New York: The Macmillan Company, Vol. 1.
- Tucídides (1988), *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid: Cátedra.

Tunander, Ola (2001), "Swedish-German Geopolitics for a New Century. Rudolf Kjellén's "The State as Living Organism"', *Review of International Studies*, Vol. 27, No. 3, pp. 451-463.

Urlanis, Boris Ts. (1960), *Войны и народонаселение Европы*, Moscú: Издательство социально-экономической литературы.

Vallès, Josep M. (2006), *Ciencia Política. Una introducción*, Barcelona: Ariel.

Varlin, Thomas (1976), "Hérodote a lu: Gaston Bouthoul et René Carrere "Le défi de la guerre"', *Hérodote*, No. 3, pp. 149-154.

Wagner, R. H. (2000), "Bargaining and War", *American Journal of Political Science*, Vol. 44, No. 3, pp. 469-484.

Waltz, Kenneth N. (1988). *Teoría política internacional*, Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano.

— (1959), *Man, the State and War: A Theoretical Analysis*, New York: Columbia University Press.

Wesson, Robert (1978), *State Systems: International Pluralism, Politics and Culture*, New York: The Free Press.

Whittlesey, Derwent (1948), *Geografía política*, México: Fondo de Cultura Económica.

Wusten, Herman van der (1985), "The Geography of Conflict since 1945" in Pepper, David & Jenkins, Alan (Eds.), *The Geography of Peace and War*, Oxford: Basil Blackwell, pp. 13-28.